

UN VIEJO ARIETE MUSICAL

Emma COSIO VILLEGAS

LA ÓPERA, el concierto, el festival artístico, no eran desconocidos en México antes de 1865; pero escaseaban, y cuando aparecían, era esporádicamente. Les faltaban la continuidad, la orientación y el aliento que sólo puede dar un medio de vieja y arraigada cultura, o, en su defecto, una organización especial encargada de inspirar y dirigir. Al mismo tiempo, esas condiciones tan adversas acabaron por crear una atmósfera propicia a recibir con un entusiasmo singularísimo toda idea o esfuerzo para mejorarlas. En este sentido obraba la circunstancia de no haber sido por largo tiempo tranquila y grata la vida nacional; un espectáculo cualquiera era acogido entonces no sólo por su propio mérito, sino también como compensación a una vida preocupada. Alfredo Chavero, por ejemplo, apreciaba así a la Sociedad Filarmónica (*Siglo XIX*, 2 oct 67):

La Sociedad Filarmónica es un prodigio. No ha nacido apadrinada por ningún gobierno; ha brotado, como una flor en el desierto, en medio de nuestras desgracias políticas. Y al gemido de la patria, ha contestado con sus armonías, como diciéndole: esperanza... Cuando contemplamos a una nación separar la vista de los campos de desolación y dejarla caer sobre un grupo de niños que canta, nos regocijamos, y pensamos que ese ramillete de esperanzas está haciendo más por el pueblo que nosotros con nuestras discusiones y nuestros triunfos, porque ellos están inclinando al pueblo a la paz y a la felicidad.

Además, es indudable que los hombres de aquella época todavía sentían la estimulante impresión de que el país estaba por hacerse, y que a ellos les deparaba el destino la ocasión de contribuir a su formación y a su engrandecimiento. Nada de extraño tiene, pues, que el grupo de los hombres ilustres de la Bohemia Literaria, Ignacio M. Altamirano, Guillermo Prieto, José T. Cuéllar, Manuel Acuña y Luis G. Ortiz; o que los grandes políticos, Benito Juárez, Sebastián Lerdo de Tejada, José María Iglesias y Rafael Martínez de la Torre, fueran apoyo macizo y constante del movimiento artístico que habría de iniciarse pronto. Lo singular era, sin embargo, que dieran

también su apoyo las clases populares, los artesanos, por ejemplo, que llegarían a formar el Orfeón Popular. Y el ambiente de la Capital principiaba a tener el tono conservador necesario para que la "sociedad" acudiera solícita a los espectáculos e hiciera de ellos ocasión y gala para despliegue de trajes y posturas. *Facundo*, con su ojo detector de estos pequeños cambios en modas y costumbres, pintaba así uno de los conciertos de la Sociedad (*Correo de México*, 2 oct 67):

Las señoras se disputaban la palma en atractivo y galas; eran en los palcos guirnaladas de gasas, flores, perlas, brillantes, blondas y plumas, dejando ver sonrisas, semblantes hechiceros, manos pequeñas y pechos de alabastro. En las lunetas, el sexo feo se extasiaba en mayoría; pero, a manera de tábanos, zumbaban por aquí y por allá algunos pollos, de esos que han brotado últimamente como langosta, como palomitas de San Juan; pollos del género miope, ignorantes los más, empalagositos los unos, insustanciales otros, estirados todos, trigueñitos aquéllos, de pelo enmarañado otros; estos pollos, en cuyos oídos suena como ruido del otro mundo el cacareo de las gallinas, están aturdidos, de manera que la música anoche para los pollos, era verdaderamente música celestial, quiere decir, que no la entendían. ¡Qué habían de entender! Si allí estaba Lola y Concha, y Luisa y Susanita, y aquella del bonito pie, y la otra del peinado rojo, y Josefina y Anita, y todas, todas, a cual más lindas. En resumen, los pollos estaban aturdidos porque tenían la música por dentro.

SOCIEDAD Filarmónica Mexicana fué el nombre de la institución que se formó para fomentar y orientar el gusto musical del país; en su historia se puede ver el entusiasmo general, que sin duda hoy nos parecería desproporcionado, que provocaban sus actividades de enseñanza, y, con más razón, sus conciertos y festivales. La atención con que se seguía de un día al siguiente la preparación del próximo festival; la increíble minuciosidad con que se apreciaba la presentación y desarrollo de éste, parecen insólitas hoy, y, sin embargo, véase, por ejemplo, la descripción de un periódico tan respetable como *El Siglo XIX* (23 ene 69), de los salones en los cuales se celebró el primer aniversario del Orfeón Popular:

El aspecto de los salones era el de más buen gusto y agradable que se quiera. El que ocupaba la concurrencia se hallaba adornado con numerosos espejos, brillantes trofeos, y de trecho en trecho unos geniecillos sostenían guirnaladas de gasa color de rosa, tachonadas de oro, que caían en forma de ondas, graciosamente plegadas. La plataforma en que tomó asiento el señor Presidente, era un salón caprichoso, pues en su adorno

había algo de oriental y algo de estilo de la Edad Media. Largas y flotantes gasas del mismo color que la guirnalda, y salpicadas igualmente de infinidad de menudas estrellas, pendían del techo formando una cortina recogida. Las paredes del fondo estaban cubiertas con gasa también, y grandes espejos sostenidos por unas águilas en actitud de emprender el vuelo. A cada lado de la plataforma, y en el fondo, había unos soberbios candelabros, cuyo haz de bujías sostenían dos guerreros de bronce del tamaño de un niño de doce años, y en el frente unas columnas de mármol soportaban unas esbeltas barras de la misma materia. En el centro, una mesa estilo Renacimiento con una bandeja de plata en que estaban colocadas las medallas conmemorativas con que la Sociedad obsequió al director y alumnas del Conservatorio. La parte dedicada a los cantantes presentaba una vista bastante original, pues sobre la plataforma en que se efectúan los conciertos, se había construido una espaciosa gruta con multitud de olorosas yerbas, lama, heno, pino, etc., iluminada misteriosa y calculadamente por una lámpara con bombillas verdes que semejaban luz de luna, y toda la gradería que circunda este local se pintó imitando peñascosos musgos, llevando tan adelante la ilusión, que, en el fondo, un lienzo artísticamente pintado, hacía que se perdiera la vista, como si la gruta no tuviera fin.

En la casa del célebre artista Tomás León solían reunirse todos los amantes de la buena música, entre ellos Antonio García Cubas, Urbano Fonseca, Aniceto Ortega, Melesio Morales, Francisco Villalobos, Ignacio Durán, Eduardo Liceaga, Jesús Dueñas y Agustín Siliceo. Los músicos tocaban sus composiciones, y los otros las criticaban o elogiaban, pasando así unas veladas amenas, en las cuales el deleite del arte predilecto llegaba en ocasiones al punto del arrobamiento. Todos los artistas extranjeros acudían a la Casa de León, donde se les agasajaba y se les hacía oír en el pequeño grupo, para presentarlos al público después de la eficacísima propaganda de la charla, de la gacetilla y hasta del editorial de primera plana. A fines de 1865, este grupo fué a ver al empresario de la compañía de ópera del entonces Teatro Imperial para que pusiera la *Ildegonda* de Melesio Morales; en un principio el empresario se negó, pero después de un escándalo artificial de las galerías, que clamaban a gritos su presentación, y después, también, de que el gobierno se comprometió a hacerse cargo de las pérdidas, se llevó a escena. Pues bien, el grupo había hecho la gestión a nombre de un Club Filarmónico que nació en la conversación con el empresario y para el solo fin de reforzar la petición. García Cubas propuso entonces que se

formara realmente el club, y así se hizo, sólo que se optó por el nombre de Sociedad Filarmónica Mexicana, que se instaló formalmente el 14 de enero de 1866 bajo el amparo inicial del grupo de la casa de Tomás León.

El primer local de que dispuso la Sociedad fué la Escuela de Medicina; después se trasladó al convento de San Francisco y de allí a su local definitivo, el edificio de la antigua Universidad, cedido por el gobierno.

Los pocos fondos de la Sociedad procedían de las cuotas de los socios protectores, nunca fijas ni constantes, pero que llegaban a elevarse a \$2,400 anuales; del alquiler de las accesorias del edificio del Conservatorio (unos \$2,340) y de una subvención oficial de \$2,400. No obtenía casi ganancias de las representaciones públicas, pues cada vez tenía que adquirir vestuario y decoraciones, sin contar con que el empresario se llevaba la mayor parte de los ingresos.

Una de las ideas principales de la Sociedad fué crear un conservatorio; lo logró en enero de 1868 con la incorporación a ella de las academias de música del presbítero Agustín Caballero y de la señorita Luz Oropeza. En el conservatorio se hacían estudios sobre aparatos de la voz y del oído; se ofrecían cursos de filosofía y estética de la música; se narraban biografías de hombres célebres, además de darse clases de trajes y costumbres, pantomima y declamación, de solfeo, canto, instrumentos de arco, madera y latón, piano, arpa y órgano, de armonía y melodía, composición e instrumentación. Había también enseñanza de teneduría de libros para niñas, de francés, español, italiano, geografía, historia y lengua mexicana. “¡El mexicano! El conservatorio de música es el único establecimiento donde se guarda, como el fuego sagrado, la enseñanza del rico idioma de nuestros padres”, comentaba, satisfecho, Altamirano (*Renacimiento*, 9 ene 69). El conservatorio aumentó el número y la variedad de sus cursos más allá de lo que su nombre y sus fines podían justificar, explicando que “no había planteles, principalmente para la enseñanza de las jóvenes”. Así, la Sociedad Filarmónica resultó un promotor, no sólo de la enseñanza musical, sino de la general, y sobre eso, comenzó a organizar conferencias quincenales para los filarmónicos, con el objeto de perfeccionar sus conocimientos y darles una cultura general. Cabe la duda de si

algunas de las clases y conferencias no resultaban demasiado elevadas, y si no era ambicioso en exceso el proyecto de mantenerlas, dado el nivel medio de la gente que acudía a la Sociedad, por ejemplo, los artesanos del Orfeón Popular, pues la creación de éste fué, en efecto, una de las obras más importantes de la Sociedad. Lo formaron artesanos, y, por esa sola circunstancia, hay que convenir en que sólo los grandes hombres que inspiraron y ayudaron a la Sociedad podían acometer una empresa de esa dificultad. No contento con ella, adoptó y dirigió otro, que llevaba el gallardo nombre de Aguila Nacional, y cuyo director fué Julio Ituarte.

La Sociedad instaló el 29 de septiembre de 1868 una nueva sección: el Conservatorio Dramático, distinto del musical propiamente, fundado antes. Lo iniciaron actores y literatos, a quienes se dió en reconocimiento el diploma de socios fundadores; ofrecía clases de declamación, esgrima, baile, y aun daba ocasión a leer trabajos históricos; el actor español José Valero, que de tanta estimación llegó a gozar en México, fué uno de los principales iniciadores y él mismo presidió la función inaugural.

Las necesidades de la Sociedad Filarmónica fueron multiplicándose con sus progresos; así, llegó el tiempo en que fué preciso arreglar una buena sala de espectáculos, pues el aula general de la antigua Universidad, única de que disponía, no se prestaba siquiera a las funciones de un modesto teatro. La inspiración de construir una sala nueva y adecuada fué de García Cubas; importó la bonita suma de \$17,561, que incluyó la adquisición de una sillería austríaca para los palcos, alfombras, bancos de cedro, candelabros de bronce, farolas de gas, algunas decoraciones y accesorios escénicos. La obra pudo hacerse gracias a los donativos de los amigos de la Sociedad; los más importantes provinieron de Rafael Martínez de la Torre, Sebastián Lerdo de Tejada, Ramón Terreros y otros más.

La Sociedad acostumbraba dar periódicamente conciertos para sus socios, la mayoría de ellos privados; pero también presentaba de tiempo en tiempo grandes conciertos y espectáculos teatrales públicos. Los programas nos enseñan que el plato fuerte era todavía la ópera, presentada en general bajo la forma de arreglos y variaciones; y que no faltaban valsecitos y el nunca olvidado *Carnaval de Venecia*. Esos arreglos eran

a veces colosales: un tiempo de la *Tercera sinfonía* de Beethoven tocado a doce pianos y con cuarenta y ocho manos. Cuando los conciertos eran públicos, se pagaban las entradas; las de mayor distinción resultaban caras (dos pesos de aquellos buenos tiempos, la luneta), y las populares no dejaban de serlo (sesenta centavos la galería). En cambio, el espectador recibía por su dinero una buena dosis musical; véase, si no, este programa (*Correo de México*, 28 sept 67):

PRIMERA PARTE: Obertura a dos orquestas de la ópera de Mercadante, *Emma d'Antiochia*, dirigida por Luis Morán. II.—Coro de la ópera de Verdi, *Macbeth*, cantado por las niñas del Conservatorio de Música de la Sociedad, y dirigida por don Bruno Flores. III.—Terceto de Donizetti, *Lucrecia Borgia*, cantado por la Sra. María de Jesús M. de Sardaneta y los Sres. Alberto Hermosillo y Antonio Balderas, dirigido por don Agustín Balderas. IV.—Fantasía sobre la ópera de Verdi *Un ballo in maschera*, compuesta por Alard y ejecutada en el violín por el niño Jacinto Osorno, acompañado al piano por don Luis Morán. V.—Duetto de la ópera del maestro mexicano Melesio Morales, *Ildegonda*, cantado por la Sra. Clotilde Espino de Cardeña y el Sr. Alberto Hermosillo, bajo la dirección de don Agustín Balderas. VI.—*La invocación vespertina* de Donizetti, cantada por los señores de la Sección de Orfeonismo de esta Sociedad, denominada Orfeón del Águila Nacional, y dirigido por su maestro, don Julio Ituarte. VII.—Obertura de la ópera de Herold, *Zampa*, arreglada a diez pianos, expresamente para este concierto, por el Sr. Francisco Contreras. VIII.—Gran coro, escena y vals de la ópera de Gounod, *Fausto*, instrumentados por el Sr. Cristóbal Reyes, cantada por varias señoras y señoritas aficionadas, y ciento cincuenta y dos alumnos del Conservatorio de Música de la Sociedad Filarmónica Mexicana, bajo la dirección de don Bruno Flores. (Después de esta pieza se bajará el telón, y volverá a alzarse de nuevo para la ejecución de la *Sinfonía-himno*, *Dios salve a la Patria*, que desde Florencia ha remitido el maestro Melesio Morales, encomendando su dirección a don Agustín Balderas. Ocupará el órgano obligado el Sr. J. Francisco Contreras. Tomarán parte en esta pieza la orquesta, bandas, las señoritas y socios aficionados y los alumnos del Conservatorio.) SEGUNDA PARTE: I. Coro de la ópera del maestro Morales, *Ildegonda* (qui posa el bianco balsamo) cantado por 138 niñas del Conservatorio, bajo la dirección de don Bruno Flores. II.—Duetto de la ópera de Donizetti, *Poliuto*, cantado por la señorita Concepción Carrión y el Sr. Pánfilo Cabrera. III.—Adagio y variaciones para dos flautas y piano, sobre un tema de la *Semiramide* de Rossini, ejecutado por los Sres. José Ortiz y su discípulo don Mariano Jiménez, acompañados por don Francisco Contreras. IV.—Cuarteto de la ópera de Verdi *Rigoletto*, cantado por las Sritas. María de Jesús Contreras, Concepción Burguichani y los Sres. Pánfilo Cabrera y José Victor González, bajo la dirección de don Bruno Flores. V.—*La caza del ciervo*, de L. Rillé (Plegaria a san Humberto, patrón de los cazadores;

marcha de la cacería; toques de trompa; picadores; galope; la jauría; ecos; ¡hurra!), cantado por los señores del Orfeón. VI.—*Marcha Zaragoza* del Sr. Aniceto Ortega. VII.—*Marcha republicana*, del Sr. Aniceto Ortega, ejecutada por la orquesta, una banda y diez pianos a cuarenta manos, que ocuparán varias señoritas y señores socios. VIII.—Plegaria y gran Coro del Mercado, de la ópera de Auber *Muta di Portici*, cantado por las señoritas y señores socios y por los alumnos del Conservatorio, con acompañamientos de orquesta y de diez pianos a cuarenta manos.

Uno de los conciertos de que siempre se enorgulleció la Sociedad, por los resultados y por el empeño puesto en él, fué la representación de *Norma* de Bellini, a la que eran tan aficionados y con la que verdaderamente se deleitaban todas las veces posibles, y no eran pocas. Fué algo colosal para la época, y durante muchos años se siguió hablando del gran acontecimiento como cosa nunca vista. Baste decir que Ignacio M. Altamirano recibió la comisión de estudiar las costumbres y la vida de los druidas para que el espectáculo alcanzara la debida propiedad en cuanto a decorado, armas, vestuario, etc. Otro de los espectáculos que dejaron persistente memoria fué la *Sonámbula*, cantada por Rosenda Bernal y dirigida por el maestro Balderas. Petrella, Donizetti, Bellini, Rossini, eran los predilectos todavía.

La Junta Directiva de la Sociedad, sin embargo, decidió introducir la música clásica; pero no se podía hacer todo a la vez ni de manera inmediata, ni superarse la calidad de los programas y lograr que el público los aceptara con facilidad. Relativamente pronto, empero, llegó a organizar un festival Beethoven, si bien llamándolo “grandioso”; la masa coral puede dar una idea de la magnitud con que la Sociedad acometía sus empresas: 71 sopranos, 35 contraltos, 102 tenores y 110 barítonos y bajos. De este “grandioso” festival se hicieron dos representaciones, una en los últimos días de diciembre de 1870, y la segunda, que debió diferirse por la muerte de la esposa del Presidente Juárez, el 17 de enero de 71. Entre otras obras clásicas, se ejecutaron la obertura del *Fidelio*, el coro para voces solas del *Idomeneo* de Mozart, el coro final del oratorio *La creación*, de Haydn, y la aleluya del *Mesías* de Händel.

Era la primera vez que se presentaba un programa compuesto todo él de música clásica, y por ello no tuvo la buena

acogida que la Sociedad esperaba. La explicación obligada fué que “la música alemana, seria, profunda, no está aún al alcance de la generalidad; es la música de los inteligentes, no la popular”. No sólo, sino que algunos periodistas se creyeron en el deber de tomar posiciones frente a lo que presentían que podía llegar a ser un movimiento o moda dominante: “un defecto encuentro a la música alemana—decía Juan Pablo de los Ríos (*Siglo XIX*, 22 ene 71)—, su exclusivismo. Los que llegan a aficionarse a esta música, oyen después con indiferencia, cuando no con disgusto, cualquiera otra”. En la primera presentación del festival clásico, el teatro estuvo casi vacío, pero en la segunda, la concurrencia aumentó visiblemente, y, en todo caso, fué claro el éxito de la *Quinta sinfonía* y la obertura del *Fidelio* de Beethoven y el *Idomeneo* de Mozart.

Todos los diarios de la época hacían crónica de los conciertos; unas eran puramente sociales, como las que Luis G. Ortiz publicaba en *El Siglo XIX*; otras, como las de Altamirano y Payno, eran también sociales, pero contenían siempre apreciaciones sobre el valor artístico de las obras, de los autores y de los intérpretes; pero pocas alcanzaban la altura y la gracia de las de Alfredo Bablot, excelente pianista, y un fino y gracioso escritor. Durante algún tiempo publicaba sus crónicas en *El Correo de México*, sin reparar en ellas los defectos de su propia actuación en algunos de los conciertos de la Sociedad:

Comenzó el concierto con una obertura de Mercadante a dos orquestas, que fué tan bien ejecutada por los hábiles profesores que en ella tomaron parte, como magistralmente dirigida por el apreciable artista don Luis G. Morán... El doctor Balderas, que debía haber cantado la parte del duque Alfonso en el terceto de *Lucrecia Borgia*, se enfermó repentinamente; su hermano Agustín recorrió con una mirada el círculo de sus discípulos, hizo una señal al joven Zapiain, y éste reemplazó en el acto al ausente... la Sra. Clotilde Espino de Cardeña, que es actualmente su *star* artístico, como dicen los ingleses, cantó con su penetrante acento dramático, con su poderosa y vibrante voz, y con su noble y estético *portamento*, no sólo el terceto de *Lucrecia*, sino también el bellísimo dueto de *Ildegonda*, en que tuvo ocasión de lucir y desplegar su estilo puro, correcto y potente... Dos voces frescas, juveniles, claras y simpáticas, entonaron el dúo de *Poliuto*. Esas voces preciosas las engastó donosa la naturaleza en los labios de Concha Carrión y Pánfilo Cabrera; las amoldaron a los preceptos del arte divino, el estudio y el

talento de estos jóvenes; las está acabando de pulir el maestro Balderas... El gran memorista Contreras arregló para diez pianos, con la habilidad de un maestro consumado, lo que es modelo de oberturas clásicas, la *Zampa* de Herold. La ejecución no podía ser sino excelente, estando encomendada a los distinguidos pianistas (menos uno) que tomaron parte en ella, y se pudo admirar los matices, la unidad y la corrección con que tocaron. Sólo un defecto capital, vituperable, enormísimo, tenemos que señalar: un ejecutante omitió una entrada en el segundo *allegro*, después de un *tacet* de diez compases, en dos acordes de dominante y de tónica de fa mayor: afortunadamente, el piano unísono estaba ocupado por la entendida Srita. Larrea, y el *lapsus* pasó desapercibido; pero nosotros lo notamos, con tanta mayor razón, cuanto que el fautor fué precisamente el que esto escribe... La Sociedad dedicó coronas a los maestros que dirigieron piezas en el concierto. Una de las más merecidas fué, ciertamente, la que se entregó al soldado-artista, al Cincinato musical, al modesto y patriota general republicano don Feliciano Chavarría, primer oboe de la orquesta.

LA OBRA Y LA vida misma de la Sociedad Filarmónica Mexicana no tuvo siempre el signo constante del ascenso o del engrandecimiento, pues ayudada, en efecto, por todos, en rigor dependía del favor de un público tornadizo y de la benevolencia oficial. Así, a fines de 1876, cuando la Capital había caído ya en manos de los tuxtepecanos y Porfirio Díaz avanzaba hacia Guanajuato y Jalisco persiguiendo a las tropas Iglesias, un ministro (¿Justo Benítez?) de su gabinete provisional acaba con la Sociedad, creyendo aplastar definitivamente un centro lerdista que nunca existió. La Sociedad no participó jamás en la política nacional, aun cuando había recibido la ayuda moral y material de los presidentes Juárez y Lerdo, y de políticos eminentes, ahora enemigos de Díaz, como José María Iglesias.